

José Venegas, periodista: su etapa en *El Liberal* de Madrid

EUGENIO PÉREZ ALCALÁ
I.E.S. «Seritium» Jerez de la Frontera*

A Juan Machado Grima**,
profesor, historiador, amigo...

...nos dejo harto consuelo
su memoria
Jorge Manrique

RESUMEN

José Venegas marcha a Madrid en 1919 para integrarse en la redacción del periódico *El Liberal*. Desde sus páginas asiste al despertar de una época decisiva de la Historia de España: los pleitos autonomistas catalanes, la corrupción política del sistema de la Restauración, el «desastre de Annual», la censura de prensa y la dictadura de Primo de Rivera. Estos años serán la antesala de la llegada de la II República, a la par, que le servirán para establecer una red de amistades y de fidelidades ideológicas que mantendrá en algunos casos toda su vida, incluida la etapa del exilio bonaerense.

Destacan varias series de artículos con un hilo conductor común: las elecciones de mayo del 19, la campaña de Marruecos posterior a Annual, por ejemplo. Irá puliendo un estilo personal a través de columnas fijas como «Apostillas» o «Cosas» y, progresivamente, su aspiración juvenil de convertirse en escritor va dejando paso a sus tareas de publicista en el más amplio sentido. El aprendizaje del oficio en la redacción, referido en su *Andanzas y recuerdos de España*, le servirá toda su existencia y, posiblemente, esta necesidad de encontrar la palabra aquilatada y exacta, propia de su trabajo de redactor de mesa, será la escuela idónea para sus posteriores artículos en periódicos y revistas argentinas en el transcurso y después de la Guerra Civil, orientados a sensibilizar a la opinión pública del país contrarrestando la propaganda franquista.

I. PRIMEROS ARTÍCULOS DE JOSÉ VENEGAS EN *EL LIBERAL*

El 18 de diciembre de 1918 apareció el primer artículo firmado por José Venegas en las páginas de *El Liberal* de Madrid.¹ El tema trata-

do es lo de menos –el problema suscitado por las reivindicaciones autonomistas de Cataluña–, lo importante es comprobar que su firma aparece en un momento delicado: recordemos que el ambiente y el clima político posterior al fin de la Primera Guerra Mundial estaba dominado por un recrudecimiento de las tensiones de la vida nacional, la crisis de las instituciones surgidas con la Restauración y la ausencia de liderazgo, ni el rey, ni Maura, ni Dato, ni Romanones consiguen calar mensajes de ilusión en la sociedad.

Es un tiempo de marasmo, de crisis profunda, otra vez. La Primera Guerra Mundial ha significado pingües beneficios para las empresas de sectores como el siderúrgico o el textil, que, sin embargo, no se han trasladado a la percepción social de bienestar, precisamente, porque no se han transferido parte de estos beneficios

* Profesor de Literatura de Instituto de Bachillerato. Ha realizado estudios sobre el exilio literario y ha dirigido y coordinado dos cursos y un congreso internacional sobre dicho tema, que se celebraron en Andújar entre 1997 y 1999 en el marco de la Universidad de Otoño.

** Catedrático de Historia. Fue director de la Casa de la Cultura y de la Univeridad Popular de Andújar. Sus trabajos de investigación, su tarea como organizador y difusor de cultura y su profesión docente han marcado decisivamente la vida de las personas que lo conocieron. Entre ellos tuve la fortuna de vivir junto a él grandes momentos y aprender HISTORIA, la historia de las gentes de España.

¹ «El pleito autonomista». *El Liberal*, 18 de diciembre de 1918. [Todas las citas de dicho periódico son fruto de las consultas realizadas a lo largo de este 2007 en la Hemeroteca Municipal de Madrid]

al incremento de la actividad laboral o a la mejora de las condiciones de vida de las clases populares. A la huelga general de 1917, le siguió un período de inestabilidad continuado con los primeros escarceos de la campaña de Marruecos que desembocará en el golpe de estado de Primo de Rivera, ya en 1923.

Por lo tanto estamos ante una etapa de agitación, donde el papel de la prensa es fundamental como conformadora de opinión y como portavoz de inquietudes sociales. Para un joven aspirante a escritor es una suerte tener la posibilidad de escribir en un periódico tan importante, pero también el tiempo histórico que le toca no permite escaparse de lo cotidiano. Quiero con ello resaltar el dilema que se irá conformando en el joven Venegas: sus inquietudes literarias van quedándose en un cuarto interior porque la realidad del día a día exige una atención permanente a los acontecimientos y, más aún, desde la redacción de un periódico. Por lo tanto, la vocación literaria se tambalea por el embate de la actualidad y las necesidades del sustento diario, aunque justamente ahora es cuando comienza a escribir en un diario nacional importante y puede darse a conocer a un público más numeroso.

En su libro de memorias *Andanzas y recuerdos de España* relata sus primeros días de periodista madrileño²:

Había entrado yo con bastante susto en la redacción de *El Liberal*, que entonces pretendía ser el primer diario de España. Al publicar algunos de los trabajos que envié desde mi pueblo, el director me había escrito una carta que me aprendí de memoria y en la que uno de los párrafos decía: «Pocas firmas nuevas verá usted en *El Liberal*. Ninguna ¿verdad? Pues, la publicación de la suya le indicará lo que pienso de sus escritos». A los dos o tres días de ingresar en la redacción, el director me dio a elegir entre escribir artículos firmados y no cobrar, recibiendo como única recompensa la categoría que la firma otorgaba, o cobrar un sueldo y hacer trabajos de redacción sin firma. Aplacé la respuesta

y salí dudando a la calle. Puedo reproducir el pensamiento que me decidió, aparte de que necesitaba apremiantemente ganar dinero:

«El director está ahora encaprichado con lo que yo escribo, pero me parece que no tengo la preparación necesaria ni la madurez indispensable para alternar con los cronistas de *El Liberal*: Zozaya, Répide, Zulueta, Machado, Barcia... Cualquiera día sufriré un resbalón que me deshaga. En cambio, lo que otro pueda hacer en la mesa de redacción creo que soy capaz de hacerlo». Y opté por ser redactor, con sueldo y sin firma.

El Liberal tenía en aquellos días una «plantilla» de colaboradores de excepción: las páginas de crítica teatral las firmaba Manuel Machado; la portada recogía artículos de opinión de Jiménez de Asúa, Augusto Barcia, Álvaro de Albornoz o Pedro de Répide; las crónicas taurinas contaban con la rúbrica de César Jalón... Unos tuvieron fama como periodistas y escritores y otros como políticos y pensadores, pero en la mayoría de los casos estaban unidos por un espíritu abierto y progresista que marcaba claramente la línea del periódico. Más aún, así era la directriz que regía las publicaciones de la llamada Sociedad Editorial de España, conocida en su época como «el trust», que, fundada por don Miguel Moya Ojanguren, englobaba los periódicos *El Liberal* de Madrid y sus respectivas ediciones de Barcelona, Bilbao, Murcia y Sevilla, el nocturno *El Heraldo de Madrid* y otras cabeceras de menor importancia.

En octubre de 1919, probablemente, por invitación y a requerimiento del mismo Venegas, comienza sus colaboraciones Ramón Gómez de la Serna³ bajo la denominación en su primera época de «Poliorama». Este primer artículo se publicó en el número del 16 de octubre y llevaba por título «Advertencias al viajero del Metro», trataba de forma humorística sobre la inauguración del ferrocarril metropolitano de Madrid que ocurrió justamente ese día.

² VENEGAS, José (1943): *Andanzas y recuerdos de España*. Montevideo. Feria del Libro. p. 9-10.

³ VENEGAS, José: *Andanzas y recuerdos de España...* p. 126-127.

2. CONSOLIDACIÓN EN *EL LIBERAL*

En diciembre de 1919 hay una huelga de periódicos que se resuelve de una forma algo traumática, porque una parte de la redacción se va a marchar formando la redacción del diario rival *La Libertad*, con ellos se irán Zozaya, Oteyza, Répide, etc. El pleito tuvo una dureza inusitada y se llegó al extremo de que la dirección de *El Liberal* interpuso una demanda por plagio ante el juzgado, debido, según aparece en la edición del 19 de diciembre, a que han copiado el nombre de las secciones, la maquetación, la distribución de las páginas y han intentado también aprovecharse de los cauces de distribución en los periódicos. Todo ello «ha sido realizado por redactores disidentes de *El Liberal*».⁴

A resultas de la crisis surge una redacción compuesta por periodistas que ya estaban en el año anterior, pero con una dirección reforzada por la presencia de D. Miguel Moya Gastón, hijo del fundador y propietario, y por Eduardo Rosón, Redactor-jefe y director en la práctica. Donde sí hubo una variación apreciable fue en la nómina de colaboradores que quedó configurada con nombres tan importantes como Carlos Arniches, Gabriel Alomar, Jacinto Benavente, José Lázaro Galdiano, Manuel Linares Rivas, Armando Palacios Valdés, Jacinto Octavio Picón, los hermanos Álvarez Quintero, Miguel de Unamuno y Gregorio Marañón (casado con una hija de Don Miguel Moya). En años posteriores también colaborarían de forma esporádica Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala o Marcelino Domingo y Ángel Ossorio.

Con muchos de ellos mantendría Venegas una relación estrecha en los años siguientes, mantenida, incluso, en los años del exilio argentino. Ángel Ossorio, por ejemplo, fue embajador de la República en Buenos Aires entre junio de 1937 y febrero de 1939.⁵

⁴ *El Liberal* de Madrid, 19 de diciembre de 1919. El asunto tiene tanta importancia que ocupa la portada con distintas informaciones sobre el mismo. No olvidemos que en ese momento tiene sólo ocho páginas y las dos últimas casi por completo se dedican a publicidad.

⁵ Fecha en que el gobierno argentino reconoció a Juan Pablo de Lojendio, representante del gobierno de

En este año 1920 que empezaba se produjeron otras modificaciones y con la nueva dirección del periódico ya aparece como secretario de la redacción José Venegas. Sería en el mes de enero y mantendría su presencia Ramón Gómez de la Serna, con quien le uniría a partir de estos momentos una buena amistad que se truncaría en febrero de 1937, en plena Guerra Civil, debido a la actitud de Ramón.⁶ Así lo refleja Venegas:

En *El Liberal* había hecho amistad con Ramón Gómez de la Serna, colaborador del periódico. Cuando llegué a Madrid y entré en *El Liberal*, Gómez de la Serna escribía en *La Tribuna*. Entre otros trabajos hacía yo una pequeña nota —«que tuviese gracia», pedía siempre el director— titulada «Apostillas». Una noche me pidió Moya que replicase a un artículo de Gómez de la Serna sobre los atletas que en el circo de Price hacían un campeonato de lucha greco-romana. [...]

Ramón estuvo en el periódico a dar las gracias por aquel amable comentario. De ahí nació su incorporación como colaborador y ahí tuvo comienzo nuestra amistad. A poco fui secretario del periódico y le tomé bastante antipatía a Gómez de la Serna. Reclamaba que su artículo saliese a diario, en tipo especial y en lugar determinado. Esto constituía para mí, encargado de cerrar las páginas del periódico, una perturbación y una dificultad en muchas ocasiones. La literatura de Gómez de la Serna no es de las que dejan indiferente al lector; o se apasiona a favor suyo o se irrita hasta sentir el deseo de abofetearle. En *El Liberal* se recibían quejas y la mayor parte de los redactores opinaba que las cuartillas de Ramón eran una sarta de estupideces. Me dejé ganar por este ambiente. Rectifiqué en Marruecos. Allí me leía el periódico de cabo a rabo y fui sintiendo una creciente estimación literaria por lo que Gómez de la Serna escribía. [...] Después seguí sosteniendo mi admiración literaria por el ramonismo. Acaso percibió esto Gómez de la Serna; lo cierto es que nuestra

Burgos como único embajador de España en suelo argentino

⁶ Existe un intercambio epistolar que ha estudiado la profesora María Teresa Pochat que marca una amarga decepción en el caso de Venegas y que significó el final de una amistad de casi dos décadas.



amistad se hizo más estrecha a mi regreso de Marruecos.

Alguna que otra vez iba a los sábados de Pombo, que él presidía. Me quedaba allí hasta el final y paseaba luego con Ramón. Me resultaban deliciosos aquellos paseos de madrugada por las calles de Madrid, cuya historia conocía Ramón con minuciosos detalles; él los apostillaba en sus charlas con observaciones agudas y desconcertantes.⁷

Entre los compañeros que tiene en la redacción hay algunos que son auténticos personajes, descritos y presentados por el propio Venegas en su *Andanzas y recuerdos de España*. Uno de ellos, Manuel Ortiz de Pinedo, era fruto de críticas y burlas por parte de toda la redacción, la mayoría consentidas, pero algunas con cierta trascendencia a lo largo del tiempo. La más divertida de todas ellas es la que ha originado el episodio llamado «crimen de Vera»:

Habíamos adquirido un verdadero virtuosismo en la invención de noticias para que las creyese Pinedo.

Uno decía cualquier cosa, e inmediatamente otro le agregaba detalles, y así sucesivamente hasta crear un infundio, lleno de particularidades minuciosas. Lo hacíamos con tanta perfección que, a veces, por más absurda que fuese la cosa, se la creía alguno de los que no participaban en el juego. Esto dio origen a un episodio que llegó a asustarme.

Una noche a primera hora estábamos únicamente en la redacción el redactor-jefe Eduardo Rosón y yo. Él se ocupaba en abrir y leer telegramas y telefonemas. Me tiró uno de éstos, en blanco, porque el texto había llegado en un papel de seda, que él despegó.

⁷ VENEGAS, José: *Andanzas y recuerdos de España...* p. 127-128.

Ahí puede usted inventar una buena noticia para Pinedo me dijo.

Me puse a escribir sobre la hoja del telefonema. Feché en Almería y dije que el médico de Vera había sido víctima de la furia increíble de su cuñado; éste había jurado que se comería los hígados de aquél; lo esperó en un camino, lo mató, extrajo las vísceras y las guiso; luego invitó a comer a su hermana y a sus sobrinos, y al terminar la comida les dijo que se habían nutrido con el hígado de su esposo y padre respectivamente. El vecindario estaba indignadísimo y pretendía linchar al monstruo. Éste se mostraba tranquilo, diciendo que había realizado su ilusión, consistente en comerse el hígado de su cuñado.

Elegí a Vera, pueblo almeriense, como lugar del macabro episodio, porque Augusto Barcia, entonces redactor de *El Liberal*, era diputado por aquel distrito. Esto nos permitiría discurrir toda la noche sobre los grandes riesgos que amenazaban a Barcia de ser comido por sus electores.

Terminado el texto devolví el telefonema al redactor-jefe. Éste lo leyó riéndose. En ese momento entró el director y Rosón le dio el telefonema. Moya comenzó a leer y se dirigió hacia mí, según expresó luego, para hacerme notar que la letra era muy parecida a la mía. [...]

Una hora más tarde, cuando ya estábamos trabajando y Pinedo entre nosotros, le llamó el director, le entregó el telefonema y le dijo que redactara una información brillante, a tono con la importancia del suceso.

Pinedo empezó a hacer exclamaciones a medida que avanzaba en la lectura.

¡Qué barbaridad! ¡Qué atrocidad! Esto es repugnante.

Se malició que era una broma, nos reímos y no hizo la información. En esto recibimos la noticia de que había volcado un tranvía en la cuesta de San Vicente, de lo que resultaron va-

rios heridos, uno de ellos el sindicalista Pestaña. Se movilizó la redacción y nos olvidamos del crimen de Vera.

Como *El Liberal*, diario de la mañana, y *Heraldo de Madrid*, diario de la noche, pertenecían a la misma empresa, los corresponsales tenían orden de telegrafiar de siete de la mañana a siete de la tarde al *Heraldo*, y de siete de la tarde a siete de la mañana a *El Liberal*. En ambas redacciones eran cruzados los telegramas una vez que se utilizaban; los no utilizados quedaban sin cruzar; los ordenanzas tenían instrucciones para recoger en cada redacción los telegramas no cruzados y remitirlos a la otra, por si querían utilizarlos. El telefonema con el crimen de Vera quedó sobre la mesa, sin cruzar; un ordenanza lo metió en el sobre para el *Heraldo* junto con los demás despachos no cruzados. Y a la noche siguiente apareció en el *Heraldo* una truculenta información titulada *El crimen de un vampiro*, que relataba el supuesto suceso de Vera.

Todos en *El Liberal* se reían muchísimo, pero yo me alarmé, recordando que el telefonema estaba manuscrito por mí. [...]

Pero a la mañana siguiente varios periódicos publicaban el crimen de Vera, enriquecido con sorprendentes detalles. Mi susto iba en aumento. Ya durante aquel día supieron en el *Heraldo* la verdad y el director, Rocamora, indignado, guardaba celosamente el telefonema, por lo que pudiera ocurrir.

Se recibieron noticias de Vera, donde había producido una enorme indignación el infundio. Al investigar el origen habían comprobado que la noticia apareció por primera vez en *Heraldo de Madrid*. Fueron quemados en la plaza del pueblo los ejemplares de este periódico y se hablaba de ejercer contra él la acción popular. Hubo que recurrir a Barcia, que utilizó su influencia política allí para contener a la gente.

Tuvo el episodio dos derivaciones. Poco tiempo después se produjo una inundación en la provincia de Murcia y fui enviado a informar sobre el suceso. Acudí a la redacción de *El Liberal* de Murcia la noche antes de mi regreso a Madrid. [...] el administrador, señor Trinchant se refirió a una carta recibida de Almería y expresó que era conveniente replicar con dureza. Supe entonces que se trataba del ya famoso crimen de Vera. En esta localidad circulaba mucho *El Liberal* de Murcia. Un día, al examinar el se-

ñor Trinchant el canje periodístico, encontró en *El Liberal* de Sevilla una amplia información que relataba el crimen. Inmediatamente se dijo:

– Esta es la gran noticia de Vera.

Cortó la información, le agregó en el título *Desde Vera* y le puso al pie *Corresponsal*, enviándola así a la imprenta. Pero se quedó inquieto, pensando que era muy extraño que el corresponsal auténtico no hubiese enviado información alguna de un suceso tan extraordinario. Entonces tuvo la cautela de tachar sus correcciones y reproducir la información diciendo: Copiamos de *El Liberal* de Sevilla. No tardaron en llegar cartas de Vera colmadas de indignación. En algunas de ellas los remitentes aseguraban que los autores de la macabra broma eran dos jóvenes telegrafistas que, destinados a Vera, habían pretendido tener relaciones amorosas con las hijas del médico. Afortunadamente los telegrafistas ya no estaban en Vera, por haber sido trasladados a Almería. *El Liberal* de Murcia recogió esta referencia al desmentir la noticia del crimen. Los telegrafistas se enteraron de ello en Almería y enviaron una carta violenta a *El Liberal* de Murcia, exigiendo la rectificación. A esa carta pretendía replicar con dureza el señor Trinchant. Le dije:

Voy a pedirle un favor. No publique nada. Mañana le diré el motivo de ello.

Y al día siguiente, en la estación, cuando entraba en agujas el tren que me iba a llevar a Madrid, le dije la verdad. El señor Trinchant se quedó estupefacto.

Mucho más tarde encontré un día en un periódico de Colombia una referencia al crimen de Vera, que sin duda había pasado por las agencias periodísticas de Nueva York. Se afirmaba que la barbarie de algunos pueblos españoles era tanta, que los naturales, si el Gobierno les enviaba un médico para combatir al curanderismo y la superstición, se lo comían.⁸

La cita, que es muy larga, permite algunas reflexiones sobre la posibilidad de manipulación o de propalar noticias falsas, aunque en esta ocasión fuera una broma hasta cierto punto inocente, pero lo más sorprendente es el pá-

⁸ VENEGAS, José: *Andanzas y recuerdos de España...* p. 13-16.

rrafo final, porque la permanencia en el tiempo de un error tan grosero a lo largo del tiempo nos lleva a otras consideraciones sobre la mala fe de algunos medios o más aún, la interesada necesidad de que algunas noticias tengan que ser obligatoriamente verdaderas. Esto dicho para noticias antiguas y recogidas por medios de comunicación extranjeros, siendo grave, no llegaría a extrañarnos porque la lejanía con las fuentes o con los hechos podría dar lugar a confusiones y a noticias no suficientemente contrastadas.

Pero lo que ya es un hecho mucho más grave es que haya permanecido en el imaginario de algunos departamentos universitarios. Así ocurre con el departamento de Medicina Legal de una universidad madrileña que tiene una especie de museo de los horrores de criminales y sucesos macabros de la historia negra española. Es consultable por internet y en él aparece recogido entre otros crímenes horrendos, el citado «crimen de Vera». Hace unos meses pude comprobarlo y me acordé del inocente Ortiz de Pinedo y del pobre Venegas que jamás llegarían a pensar que una broma interna, por mor de las casualidades encadenadas fatalmente, haya llegado a formar parte del museo nacional de los horrores criminales.⁹

En la redacción del periódico entró a trabajar un joven dibujante giennense, Antonio de Lara Gavilán, «Tono»¹⁰, con el que mantuvo amistad y al que describe con afecto:

«Tono» fue el caricaturista del periódico durante aquel período. Buen mozo, dotado de ingenio y de impavidez, era un tipo divertido.

⁹ Cualquier buscador puede darnos la dirección url para su consulta. Por razones obvias, evito darla.

¹⁰ Nació en Jaén, en 1896. Colaboró en diferentes publicaciones con dibujos y caricaturas. Estrenó una obra de teatro en 1919 y años después marcharía a París y Hollywood, donde conoce a Buñuel y a otros artistas de vanguardia, y toma contacto con el cine. Regresado a España, en plena Guerra Civil, en sus propias palabras cambió el lápiz por la pluma, sin dejar el lápiz completamente. Después de la guerra participó en revistas y periódicos con dibujos y caricaturas hasta los años 50 en que se dedicará sobre todo a escribir teatro. Murió el 4 de enero de 1978. Dejó dos interesantes libros de memorias.

Recuerdo un cartel que dibujó y redactó dando cuenta de la inauguración de una iglesia. Decía aproximadamente: Gran acontecimiento. El domingo tal inauguración del magnífico templo X. Doce curas, doce. Magníficas sobrepellices. Misas cantadas a gran orquesta. Doce curas, doce. Calefacción central. Reclinatorios acolchados. Doce curas, doce. [...] Luego, durante la guerra, se dedicó a servir al franquismo, y no sé lo que habrá sido de él.¹¹

Efectivamente, tras la Guerra Civil, trabajó en revistas de humor con un éxito considerable. Consiguió adaptarse al nuevo régimen manteniendo una cierta independencia en su línea humorística. En plena Guerra Civil empezó a colaborar en la revista *La ametralladora*, que sería el origen de *La Codorniz*, dirigida inicialmente por Miguel Mihura y después a partir de 1944 por Álvaro de Laiglesia, se convirtió en el único resquicio de aire fresco que hubo en la tétrica posguerra. «Tono» trabajó en esta revista durante más dos décadas.

En *La Codorniz* trabajó hasta su muerte en 1972 Fernando Perdiguero Camps, «Menda», que fue el heredero de «Tono» como caricaturista del periódico. Los historiadores de la prensa de humor lo consideran como la auténtica alma de la revista, tanto es así que desde su incorporación en 1944, procedente de la revista *Gutiérrez*, –donde también coincidió con «Tono»– fue redactor-jefe de aquella y cuando murió la revista inició una decadencia que concluyó con su desaparición en 1977. Escribía dos secciones extraordinarias dotadas de un finísimo sentido del humor, una era «El Papelín General», parodia inteligente del B.O.E. y la otra, «El Diario Semanal», que constituía una revisión irónica de periódicos famosos del momento. Venegas también lo cita como integrante de la redacción de *El Liberal*, pero fruto de las circunstancias en que escribe su libro de memorias lo da por fusilado por las tropas franquistas. Realmente, fue condenado a muerte a la llegada de las tropas nacionales a Madrid, pero, gracias a la intercesión de «Tono» y otros que lo avalaron consi-

¹¹ VENEGAS, José: *Andanzas y recuerdos de España...* p. 48.

guió ver rebajada su condena y en 1944 salir de la cárcel.¹²

3. LA PROFESIÓN DE PERIODISTA Y SU SITUACIÓN PERSONAL

La situación del periodista en los años 1920 era bastante precaria. Podríamos hasta cierto punto hacer extensiva a la profesión la definición que Valle-Inclán hacía de la literatura como «hambre, colorín y pingajo». Además, Venegas llega a Madrid con la ilusión de conseguir instalarse en Madrid y traer a sus padres y hermanos.¹³

Ya vimos en otro artículo (en el número 3 de *Elucidario*) que desde el 1 de noviembre de 1920 es miembro de la Asociación de la Prensa de Madrid, y recordemos que alrededor de esa fecha, unos meses antes, ha sido nombrado secretario de la redacción del periódico, lo que le confiere una cierta posición económica. Él lo cuenta:

Lo del sueldo es casi una exageración, porque el primer mes y el segundo cobré cien pesetas. Verdad es que me otorgaron un aumento de veinticinco en el tercero, y luego fui subiendo en la misma proporción todos los meses hasta llegar a doscientas. Cobré varias mensualidades de esta cifra y salté bruscamente a quinientas cuando me designaron, antes del año, secretario de redacción. Existió la vacante a causa de la fundación de *La Libertad* por una parte de los redactores de *El Liberal*.¹⁴

A partir de estos datos y de lo que cuenta en sus memorias podemos aventurar que José

¹² GUZMÁN, Eduardo de: Periodistas depurados, condenados o fusilados, al término de nuestra guerra civil, en *Triunfo*, n.º 710, 4 de septiembre de 1976. pp. 26-28. Se puede consultar por internet en <http://www.triunfodigital.com>

¹³ Tan es así que en el padrón de vecinos de 1924 de Madrid aparecen conviviendo en la misma casa José Venegas López, sus padres y sus cinco hermanos; en 1925 se independiza tras su matrimonio Fernando, el hermano mayor, y en 1928 muere el padre. Por los datos extraídos del padrón se puede deducir que la familia reside en Madrid desde el año 1922.

¹⁴ VENEGAS, José: *Andanzas y recuerdos de España...* p. 10

cargará sobre sí mismo el sostenimiento de su familia.¹⁵ Lógicamente, estos desvelos le van a suponer unas necesidades económicas que van a determinar a la larga su salida del periódico y la búsqueda de otras ocupaciones más rentables a partir de 1924.

Planteo esta relación para que se comprenda que la decisión de escribir sin firma, trabajar en todas las tareas grises, diarias, en la redacción del periódico van a dificultar el rastreo de sus artículos. La reflexión suya que veíamos al comienzo de estas líneas significa que en el día a día desempeñará funciones de cierre, de redacción de cablegramas, recepción de noticias, elaboración de las mismas, titulación, etc. En pocas palabras, se dedicará a lo más ingrato que tiene la profesión porque no llega al lector, al menos, éste no lo percibe como actividad de escritor. La necesidad le lleva a trabajar en cierta medida en la parte menos lucida y más alejada de su vocación literaria.

Sin embargo, consultando los números de *El Liberal* de estos años, se puede identificar bastantes artículos firmados con su inicial V. o, incluso, con una X. A veces, firmará Venegas, Venegas López y, ya al final de su permanencia como José Venegas. En un primer momento recibe el encargo de unas columnas con presencia irregular, en las que suele comentar algún suceso de actualidad con un tono no exento de humor, bajo el título de «Apostillas» encontramos alrededor de 80 artículos. Posteriormente, realizará una tarea semejante, pero bajo un título diferente: «Cosas», o «Casos y cosas». Como curiosidad a partir de 1923 la columna «Apostillas» aparecerá firmada por una persona por la que sintió escasa simpatía: Ramón Pérez de Ayala.

¹⁵ Recientemente he conseguido localizar en Argentina a una descendiente suya, la Dra. Laura Esperanza Venegas, profesora de la Universidad de Buenos Aires y nieta de Abelardo Venegas. Me ha referido que esto fue una constante en muchos momentos de su vida, hasta el punto de que al llegar la madre en 1938 al exilio argentino y concluir la Guerra Civil le promete que llevará a Argentina a toda la familia y lo conseguirá en 1948 unos meses antes de morir con la llegada del propio Abelardo y familia.

4. DOS SERIES DE ARTÍCULOS

De toda la producción que he conseguido leer creo que hay dos series de artículos que tienen un interés destacado. Una de ellas la escribe casi recién llegado al periódico, la titulará «Diario de un candidato» y a lo largo de los veinte episodios publicados entre el 13 de mayo y el 3 de junio de 1919 hace una crítica bastante irónica sobre el sistema de corrupción política que se desarrollaba en las elecciones a diputado en los años finales de la Restauración. Se inventa un personaje, Paquito López,¹⁶ al que va progresivamente presentando por las vicisitudes de un candidato típico. Lo acompaña el propio periodista que tiene un papel de testigo y, por simpatía, de ayudante. De esta manera, implica al lector en una enloquecida carrera por la elección y la curiosidad inicial va dejando paso a una corrosiva visión de los mecanismos del secular caciquismo electoral. El candidato designa un secretario, venal y juerguista, ducho en todas las marrullerías y, a la par, ávido del dinero que pueda sacarle al «cándido candidato», será quien contacte con personajes de similar catadura para llevar a Paquito a un desenlace de sainete: esquilmado y sin saber si ha logrado salir elegido diputado a Cortes.

He empleado la denominación sainete a propósito, porque varios de los personajes que aparecen tienen abundantes señas de identidad parecidas a algunos de los que aparecen en una obra clásica del teatro cómico de la primera mitad del siglo pasado: el conocido sainete de Carlos Arniches *Los caciques*. Es más, fueron compañeros en las páginas de *El Liberal*, dos años más tarde y, más casualidades, la obra de Arniches se publica en 1920, un año después de la serie de artículos. No se trata de ningún modo de sugerir ni plagio ni algo parecido, pero sí hay que constatar una fuente común, una realidad que les preocupa de manera similar hasta el punto

¹⁶ No tendría nada de particular que estuviera inspirado en algún político conocido, incluso, me atrevo a sospechar que, teniendo en cuenta la fecha y su salida reciente de su Linares natal, pudiera ser alguien de allí, ¿Yanguas Messía?

de que se da un grado de intertextualidad fruto de un análisis social común al que responden de forma diferenciada: el artículo periodístico y la obra de teatro. Sería interesante dedicarle más adelante un estudio más profundo.

Estos veinte artículos tienen también un punto de contacto con la técnica del folletín, de una novelita por entregas, tan propia del momento.¹⁷ Los personajes se presentan por sus actos, su etopeya es lograda a través de las descripciones conductistas dejando a un lado la instrospección, que sólo se percibe por los diálogos con el periodista o las reflexiones de éste comunicadas al lector. El espacio y el tiempo son descritos con unas notas concisas. Todo se confía a la acción, algo disparatada a veces, y al humor subyacente en el encadenamiento de algunos actos absurdos o poco lógicos. En resumen, podría haber servido como embrión de una obra literaria de mayor enjundia.

La otra serie que merece destacarse es la aparecida en el otoño de 1921 y comienzos del año 1922. Son crónicas escritas desde Algeciras, Ceuta o Tetuán, desde la retaguardia de la campaña de Marruecos. Venegas marcha allí movilizado fuera de los años propios de su quinta porque se anularon tras el «desastre de Annual» todas las exenciones o rebajas del servicio militar conocidas como «soldados de cuota».

Se hace necesario un inciso para recordar en qué consistía esta situación. Tras la Semana Trágica y los sucesos del Barranco del Lobo se hace una reforma de la Ley del Servicio Militar y desde 1911 se suprime la figura de los redimidos y los sustituidos, que eran los soldados que reducían su tiempo de permanencia en filas pagando una cantidad de dinero o pagaban a otro para que fuera en su lugar. En principio, todos eran llamados para cumplir un período de permanencia de tres años.

Pero se dejó la posibilidad –para obtener recursos económicos y satisfacer demandas sociales– de reducir el tiempo de estancia mediante

¹⁷ Por esas fechas *El Liberal* estaba publicando por entregas una novela de Vicente Blasco Ibáñez titulada *Mare Nostrum*.

el pago de una cuota acorde con las modalidades propuestas: dos mil pesetas y cinco meses de servicio militar efectivo o mil pesetas y diez meses. La medida pretendía responder así las demandas de ciertos sectores juveniles, como estudiantes universitarios y profesionales cualificados, que componían los sectores dinámicos de las clases medias urbanas.¹⁸

José Venegas había conseguido reunir el dinero y pagar su cuota porque era imprescindible su trabajo para mantener a la familia. Sin embargo, el «desastre de Annual» movilizó a todos los «soldados de cuota» y los obligó a desplazarse con sus regimientos al destino que les correspondiera en África. De esta manera, tuvo que desplazarse a las ciudades citadas durante unos meses entre agosto de 1921 y marzo de 1922. Circunstancia que aprovechó para escribir unas crónicas desde el frente y continuar percibiendo una remuneración de *El Liberal*. No se cumplieron las expectativas y fueron obligados a permanecer en África más tiempo del exigido y ello dió lugar a una campaña desde las páginas del periódico abogando por el licenciamiento de los «cuota», con editoriales y artículos sin firma que, teniendo en cuenta su situación, no tiene nada de extraño que fueran escritos por el propio Venegas.

Las crónicas remitidas desde el campamento están dotadas de un buen dominio de las descripciones del espacio, consiguiendo una proximidad física que agradece el lector. Así, es posible imaginarse los parajes que transitan o los montes y el cielo que rodea las tiendas y el campamento. Asistimos a la llegada de un barco cargado de heridos o marchamos con el pequeño corneta de ocho años, casi niño-casi hombre, rescatado de las calles y de los golfillos y bajo la protección de su hermano soldado y del resto de la tropa.

A lo largo de ellas se deslizan de forma sutil críticas constantes sobre la situación de los

¹⁸ Véase MADARIAGA, M^a Rosa de (2005): *En el Barranco del lobo. Las guerras de Marruecos*. Alianza, Madrid. BALFOUR, Sebastian (2002) : *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona. Península.

oficiales, la ineficacia del ejército, el embrutecimiento intencionado del soldado de leva o la indiferencia ante el sufrimiento de los heridos por parte de la oficialidad que continúa alegremente en los cafés o en los casinos. De esta forma, conecta con los escritores que, como él, tuvieron que ir a la campaña de Marruecos, y dieron una visión ácida, crítica, profundamente crítica, expresión del malestar creciente que condujo a la ansiada llegada de un cambio de régimen el 14 de abril de 1931.

En algún pasaje de su tantas veces citado libro de memorias *Andanzas y recuerdos de España* habla de ello en los siguientes términos:

Me tocó ser soldado en Marruecos cuando la catástrofe de Annual, y aunque en realidad mi etapa de soldado se había reducido a unas vacaciones forzosas, con ligeras molestias, mi irritación, al regresar, era muy grande. Pretendí pronunciar una conferencia titulada *El cuartel*, en la que me proponía presentar, con detalles que en gran parte he olvidado, toda la simulación, toda la falsedad y la humillación cotidianas de aquella vida cuartelera. [...]

La catástrofe marroquí del 21 tuvo muchas consecuencias importantísimas para España. Ahí tomó impulso el movimiento que desembocó en el cambio de régimen. Pero no se ha señalado la influencia que tuvo en el espíritu de los españoles que entonces tenían veinte años. Por vez primera, desde que existía la ley de reclutamiento dictada por Canalejas, los llamados soldados de cuota, es decir, los muchachos de las clases alta y media, se vieron sometidos a la vida de cuartel y actuaron en operaciones guerreras; cuantos fueron a Marruecos regresaron con una impresión detestable; comprobaron la incapacidad, la inmoralidad y la insensatez que dominaban en el ejército. Ahí adquirieron todos la convicción de que había que transformar al Estado español; la inmensa mayoría de ellos se adhirió al republicanismo; [...] todos pasaron a ser no-conformistas y a constituir elementos de perturbación para la monarquía y sus puntos de apoyo.¹⁹

Inmediatamente después de la campaña comienzan a publicarse libros que recogen o

¹⁹ VENEGAS, José: *Andanzas y recuerdos de España...* pp.71-72.

bien las crónicas remitidas, o novelas de corte autobiográfico donde se relatan las vivencias del protagonista soldado. Recordemos *El blocao* (1928), de José Díaz Fernández o *Imán* (1929), de Ramón J. Sender. Incluso, escritores que tuvieron una evolución más errática como Ernesto Giménez Caballero también hicieron sus aportes (su libro le supuso un Consejo de Guerra). Incluso, tras la Guerra Civil, un libro tan interesante como *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea, quien llegó a ser sargento, describe de una forma despiadada las circunstancias de esta infausta campaña. El tomo segundo *La ruta*, transcurre casi por completo en la campaña de Marruecos. Dejo apuntada la deseada revisión de estos escritores a la luz de su participación en esta guerra y su posterior evolución ideológica.²⁰

En esta ocasión nos interesa resaltar la coincidencia de intereses y de vivencias con quien habría de ser uno de sus grandes amigos, José Díaz Fernández,²¹ también soldado y también cronista en Marruecos. Envió sus crónicas al diario gijonés *El Noroeste*, entre septiembre de 1921 y agosto de 1922²² y en ellas traza una visión similar a las de Venegas. Ambos eran aspirantes a escritores, ambos procedían de provincias y tenían clara vocación literaria, ambos

²⁰ Véase: BAREA, Arturo (2000): *La forja de un rebelde*. Edición de Nigel Townson. Debate, Madrid. (Sobre todo el libro II: *La ruta*). BEN-AMI, Shlomo (1976): «Los estudiantes contra el Rey, 1928-1931». En *Historia 16*, núm. 6, octubre 1976. pp. 37-47. CASTAÑAR, Fulgencio (1992): *El compromiso en la novela de la II República*. Siglo Veintiuno, Madrid. GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva (1988): *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*. Alianza, Madrid. LÓPEZ BARRANCO, Juan José (2006): *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)* Marenostrom. Madrid. SANTONJA, Gonzalo (1988): *Del lápiz rojo al lápiz libre. La censura previa de publicaciones periódicas y sus consecuencias editoriales durante los últimos años del reinado de Alfonso XIII*. Anthropolos, Barcelona.

²¹ A José [Pepín] Díaz Fernández dedicó José Venegas su libro de memorias aparecido en 1943, al poco de conocer la triste noticia de su muerte, acaecida en circunstancias lastimosas de abandono y penuria.

²² Véase DÍAZ FERNÁNDEZ, José (2004): *Crónicas de la guerra de Marruecos (1921-1922)*. *Antología...* Edición de José Ramón González. Gijón. Ateneo Obrero.

tuvieron una clara conciencia política que les llevó a un compromiso activo en la caída de la monarquía, ambos, en fin, fueron grandes amigos y compañeros de aventuras editoriales. Y para mayor desgracia, ambos marcharon al exilio y murieron jóvenes en los años inmediatos al final de la Guerra Civil. En resumen, vidas paralelas y complementarias.

5. FIN DE SU ETAPA EN EL LIBERAL

El 1 de noviembre de 1920 ya es miembro de la Asociación de la Prensa de Madrid, formando parte de la redacción de *El Liberal* de Madrid, al que hemos visto que ha servido desde un año antes con honestidad y con dedicación. Así ocurrirá hasta comienzos de 1924 en que tendrá lugar la venta del periódico a los hermanos Busquets y dejará de pertenecer a ella.

Continuará colaborando en otros periódicos de Madrid y de Salamanca. En todos los trabajos que desarrolle con posterioridad estará condicionado por la necesidad de obtener ingresos económicos para mantener a la familia y, así, estará una temporada en Salamanca y otra en Huesca. Años más tarde entrará a trabajar en la Casa Federico Bonet, donde también editará revistas y folletos publicitarios, simultáneamente, participará en la revista *Post-Guerra* y hasta enero de 1929 estará cotizando en la Asociación de la Prensa de Madrid.

Volvería a partir de 1930 a colaborar en otros periódicos, a escribir sobre temas profesionales del libro, de la edición, de la distribución, sobre temas políticos, sobre literatura, etc. Ya en Argentina retomaría toda esta actividad con un esfuerzo y una dedicación absolutos desde las responsabilidades que hubo de asumir.

Posiblemente, su etapa de periodista pudiera haber sido más intensa en los años de *El Liberal*, al menos escribiendo con firma, pero los condicionantes de su vida familiar no lo permitieron y hubo de limitar sus ilusiones literarias.

El capítulo primero de su libro de memorias está dedicado a esta etapa de *El Liberal*, en él nos ha presentado personajes determinantes en

el resto de su vida, amistades que superarán el paso del tiempo y miserias personales que truncarán buenas intenciones, egoísmos y algunas decepciones de años posteriores. Hemos asistido a una presentación de la profesión de periodista exenta de tintes heroicos, sin adornos, con esperanzas e ilusiones y con momentos divertidos. Una cofradía de tipos casi literarios que van desde grandes ingenios hasta miembros de una peculiar corte de los milagros. Pero todo ello deja paso al final del capítulo a una sensación de tristeza, de sentimientos defraudados, de vida en entredicho. El muchacho que llegó de Linares ha cambiado y el periodismo que

tanto le atraía ya ha dejado de ser la maravilla soñada:²³

No me parecía ya una profesión seria la periodística. Cuando era un niño pensaba, no sé por qué, que escribir en los periódicos, hacer versos y redactar otros trabajos literarios, eran ocupaciones propias de los menores de edad. No me imaginaba que se dedicaran a eso las personas mayores. [...] Seguí pensando que no se podía organizar una vida seria y estable perteneciendo a un periódico. Nos divertíamos aparentemente, pero en realidad vivíamos a golpes con la penuria.

²³ VENEGAS, José: *Andanzas y recuerdos...* p. 52.

ANEXO I

TEMAS DEL CUARTEL

No leen los soldados

Un distinguido escritor –el señor Salaverría– juzgaba interesante en una crónica publicada por *ABC*, conocer lo que leen nuestros soldados. Evidente. La vida de cuartel y de campamento brinda abundantes ocasiones para que los soldados se entreguen a la lectura, al menos como medio para entretener los ocios forzados.

No sé lo que leen los soldados que luchan en África; pero puedo decir al señor Salaverría lo que leen algunos soldados que forman, hasta hoy, en el ejército de reserva, y, por tanto, han salido de su residencia habitual y se encuentran destacados en una playa andaluza, sin más obligaciones ni quehaceres que los puramente militares: no leen nada. El tanto por ciento de los que leen es insignificante. Y dentro de ellos, la casi totalidad leen cosas exageradamente frívolas: novelas pornográficas, cuentecillos insustanciales y comedias de astrakán. La mochila de la soldadesca no conoce la pesadumbre de los libros.

Nuestros soldados no leen porque el Ejército lo forma la juventud española que no lee. Uno de los espectáculos más tristes que hay en España es el cuartel, no por el cuartel en sí, sino por lo que son los soldados. En él se brinda ocasión a cualquier espíritu medianamente discreto para relacionarse con gentes de muy distinta educación, de pueblos diversos criados en los medios más diferentes. Hay motivos para considerar a los dos millares de hombres que forman un regimiento como representativos de la mentalidad de sus pueblos, de aquellos medios sociales en que se ha desenvuelto su vida hasta el día en que entraron en el cuartel. Si se hace así, una gran tristeza, una irremediable desesperanza se apoderará del hombre que los examine. A poco pesimista que sea, creará que la raza española atraviesa una grave crisis o ha llegado a los primeros momentos de su ocaso.

Se ha convertido a los hombres de España en un conjunto insensible y desesperado. La juventud no tiene, entre sus manos que se abren a la vida, el haz fragante de las ilusiones. Cada

hombre parece que quiere desconocer su destino, seguro de que fatalmente la vida sólo le brindará hostilidades. Es como un pobre encadenado que todos los días hubiera pretendido inútilmente romper sus cadenas, llegando, al final, al triste convencimiento de su impotencia.

No leen los soldados de España. Muchos no saben. Y los que saben materialmente, no han aprendido a gozar con la lectura.

En los pueblos no hay escuelas; en las ciudades no hay bibliotecas; en las grandes poblaciones no hay cátedras que merezcan ese nombre. ¿Dónde aprenderán a leer lo soldados de España? ¿Quién puede enseñarles, educarles el gusto? No tienen medios para ello; y lo peor es que no quieren tenerlos. Alguien ha matado su voluntad. Los jóvenes de España han aprendido que el que nace en este país es como naciera en un subterráneo y tuviera que arañar la tierra, hasta sangrarse, por ver la luz. Y donde araña uno alguien echa más tierra para que nunca llegue a la claridad.

No leen los soldados de España. Son pobres autómatas, que han llegado al cuartel depauperados física y espiritualmente: desde que nacieron tienen hambre de pan y, si la sienten, tienen hambre de aquello otro de que también vive el hombre, que no sólo vive de pan. Y cuando salgan del cuartel seguirán con su hambre a cuestas; si en los pueblos, luchando con el cacique, limitado su horizonte espiritual a ser caciques un día; si en las ciudades, luchando con la hostilidad, con la cruel hostilidad de la vida en las tierras de España.

No leen los soldados. No saben. Y lo peor es que, por conseguir una raza moldeable en los moldes de la ficción, se ha matado en ellos la voluntad de aprender

Algeciras, octubre.

(El Liberal, 28 de octubre de 1921)

ANEXO II

DIARIO DE UN CANDIDATO

II. Paquito López encuentra distrito

«La sogá sigue al caldero, luego la acción debe seguir al propósito» ha dicho Víctor Hugo, y así, Paquito, apenas concretó sus legítimas aspiraciones, se ha dedicado a los trabajos preliminares. Ha visto a un ministro para presentarse con carácter ministerial, y ha sido rechazado. «Los compromisos de partido no permiten complacerle». También el ministro le ha dicho unas cosas muy extrañas hablando de ciudadanía, voluntad nacional, pureza del sufragio y otras no menos absurdas, matizadas todas con una leve sonrisa y unos golpecitos en el hombro.

Este contratiempo no ha influido en sus entusiasmos. Bajo su apariencia mundana y displicente, Paquito alimenta un carácter. Y así, ayer le hemos encontrado en el gabinete de su casa, realizando un intenso trabajo.

En un rincón estaban amontonadas las sillas frágiles y el velador inglés. Y sobre el suelo se extendía el mapa de España, algo inferior al tamaño natural, pero no muy pequeño. Y Paquito, de rodillas en el mapa, aplastando tres provincias, se perdía entre los nueve mil pueblos de España.

– Ha llegado usted a tiempo. Ayúdeme usted en este trabajo.

Paquito sacó su pitillera, nos brindó un cigarro y, mientras lo encendíamos, derrumbó con ella la provincia de Soria. Tiramos la cerilla, incendiando un distrito catalán, y pusimos los pies sobre tres o cuatro circunscripciones.

– ¡Es terrible! Mire, ¡cuánto pueblo! Parece que debían faltar diputados; no es imaginable que cada pueblo tenga representación parlamentaria. ¡Pues así es la espantosa verdad! No sé cómo pueden reunirse todos. El salón de sesiones tendrá por lo menos 100 kilómetros cuadrados... Yo no lo he visto nunca. Creo que, si triunfo, me perderé allí.

Calmamos su inquietud asegurándole que sus ideas numéricas eran algo exageradas. Y en seguida empezamos a pasear nuestros dedos por toda la superficie española. Íbamos marcan-

do una línea en el polvo que zigzagueaba deteniéndose en los distritos; las malditas carreteras eran un obstáculo constante. Montañas, valles plenos de dificultades, cañadas que se ahondan terriblemente, picos que saludan las manchas de las nubes y rasgan el espacio de azul, todos sin el hilo negro que señala los caminos. Es increíble la cantidad de electores que necesitan carreteras.

En cambio, las líneas rojas de los ríos son incontables. Indudablemente, ningún geógrafo ha catalogado una milésima parte de los ríos españoles.

– Y fíjese: ¡cada uno tiene un nombre distinto! No sé, no sé cómo ha podido hacerse este trabajo. Luego mire la desorganización de España: cada río va por donde le da la gana y siempre por el peor camino. Para trasladarse de un pueblo a otro la gente no puede saltar por las crestas de los montes; tiene que dirigirse por las laderas, y precisamente en estas laderas están los ríos. ¡Cuanto mejor sería llevarlos por lo alto de los cerros! Así resulta que hacen falta innumerables puentes. ¡Es espantoso!, no se explica cómo se vive de este modo. Aquí tiene usted un pueblo, felizmente, con carretera. Vea usted los pueblos inmediatos: en vez de construirlos al lado de éste, los han edificado más allá del río. Y, ¡es claro! ya hacen falta varios puentes. No debía tolerarse más que un pueblo en cada provincia, y el resto sería campo, donde no iría nadie. Así, con poco más de cuarenta carreteras, que saliesen de Madrid, una a cada provincia, tendríamos una red de comunicaciones soberbia. Y en cuanto a los ríos, uno o dos, a lo sumo, reuniendo todos éstos que se deslizan por donde quieren, en una anarquía individualista... Podría presentarse un proyecto de ley para tal objeto...

Realmente son exactas estas dificultades. Invitamos al lector a que las compruebe: Castilla, seca y árida; Asturias, asomada al mar y verdeante; Galicia, mimosa y feraz; Cataluña, plena en su progreso y agresiva en su industrialismo; Valencia, espléndida y aromada por naranjos en flor; la Mancha, llena de polvos y de viñedos y coloreada de azafrán; Andalucía, luminosa y varada la mañana del mundo; Murcia, con el prodigio de su tierra y el terror de su cacique; Extremadura, pobre y abandonada por todos, menos por los candelates, son un vivero de obstáculos naturales.

España entera gimió bajo nuestros dedos hábiles y buscadores; y el distrito no aparecía.

Al fin, declinaron los rayos del sol y se alejó el último biplano de la tarde, rumor de motores sobre nuestras cabezas. De la calle se elevaban los campanillazos de los tranvías y por la frente de Paquito caían amargas gotas de sudor.

– ¡Hay que ver! Hemos recorrido toda España y algo de Portugal. ¡Qué cansado estoy! ¡Piense usted, mi amigo: nueve mil pueblos! Tenemos barro de todas las ciudades. ¡Qué viaje más largo y tan inútil!

Nos sentamos sobre los Pirineos y sobre la Mariánica, y liando lentamente un cigarro, Paquito pensó que lo mejor sería pasear por el mapa, cerrando los ojos y contando hasta veinticinco: en ese momento el distrito que aprisionase el tacón derecho sería el elegido.

¡Magnífico procedimiento! Diez minutos más tarde, Paquito López había decidido presentarse por la Venta de Mal-Abrigo.

(El Liberal, 14 de mayo de 1919)